

—Le dije que mañana; la veré esta noche —pensaba Roland, acordándose de Margarita.

## VI

## ¡Sacrificada!

La señora de Maillepré sostuvo porfiada lucha consigo misma antes de enviar aquella carta.

La fiel Susana se encargó de decir á todos que su señora no se encontraba bien por haber pasado muy mala noche.

Sin embargo, á poco corrió la extraña noticia de que el prefecto había sido invitado á comer, produciendo verdadera indignación á M. Godet, para quien el prefecto de Bourges era un ser soberanamente antipático, á quien no perdonaba la desvergüenza con que se había pasado, con armas y bagajes, al enemigo, debiéndolo todo al imperio y á la protección del conde de Magny. Además, la impresión que le produjo al presentarse por primera vez en el palacio, fué desastrosa.

M. Godet pensó que la duquesa había cambiado después de la visita del prefecto, y relacionó la dicha que María Magdalena llevó á Maillepré con la perturbación producida por M. de Serigné. Después observó las fisonomías de los que le rodeaban. María Magdalena parecía preocupada; Blanca Carol se había retirado, como la duquesa, á sus habitaciones; la marquesa de Lignerés

estaba meditabunda, y ya sabía él que de las meditaciones de aquella señora no salía nunca nada bueno.

Por otra parte, observaba á Roger, que buscaba la compañía de María Magdalena, y á ésta, que le acogía cortesmente, pero con tristeza.

El le hablaba de amor; esto era evidente para M. Godet, que adivinaba por los movimientos de cabeza de la joven y sus ademanes, que le exigía que aguardase el cumplimiento del plazo.

¡Y á todo esto sin llegar su protegido! ¡Sin saber siquiera en donde estaba ni lo que hacía!

Un criado á quien se envió á Meillant, dijo á M. Godet que el conde llegaría aquella noche: no debía estar lejos, por consiguiente.

Al recibir esta noticia, M. Godet se dirigió á las habitaciones de la duquesa.

—¿Se puede entrar?—preguntó á Susana, que salió á abrir.

—Vos, siempre.

La duquesa estaba sentada en el sitio de costumbre, delante de su mesa, con aire sombrío muy abatida.

M. Godet se aproximó y le dijo:

—Vamos á ver: ¿qué sucede?

—¡Ah! amigo mío.

—¡Cómo! ¿Tenéis pesares y no me lo decís?

—Sí.

—Vaya, contádmelo todo. ¿Por qué no me habéis llamado?



—Porque el mal no tiene remedio.

—Solo hay un mal que no lo tenga: la muerte. Y nosotros, á Dios gracias, no estamos en ese caso. ¿Qué ha sucedido?

La duquesa vacilaba, y M. Godet preguntó:

—¿Es el personaje á quien recibisteis ayer, el causante de toda esta perturbación?

--Lo habeis acertado.

—¡Mala figura; aire falso! Parece que lo tendremos hoy á comer.

—Un triste compañero, amiga mia. Entre nosotros, ¿qué diablo de idea os ha movido á invitarle?

—Lo aprobareis cuando conozcais la causa.

—¿Qué ha podido deciros para poner os en ese estado?

Mr. Godet miraba estupefacto á la condesa, que parecia haber envejecido diez años.

—¿Cómo—continuó—os dejais abatir asi, vos, tan firme y tan valerosa?

—Amigo mio, hay golpes que trastornan, desgracias que abaten.

—¿Qué hablais? Somos bastante fuertes para defendernos si se nos ataca. Ved que os llamais la duquesa de Maillepré.

Precisamente por eso, porque llevo un nombre conocido soy más vulnerable que otra.

La duquesa, algo reanimada, contó á su amigo cuanto había pasado; la visita de Roland, sus revelaciones, sus amenazas mal encubiertas, su pretensión acerca de Blanca y la entrevista de la madre y la hija.

Mr. Godet quedó aterrado á su vez.

—¿Qué quereis que haga?—preguntó la duquesa.

—¿Habeis consentido?

—Todavía no; pero me veré obligada á hacerlo.

—¿Qué desgracia que yo no tenga veinte años menos!

—¿Por qué?

—Porque le daría una buena estocada que pusiera fin á vuestras inquietudes y á sus maniobras.

—¿Y con qué pretexto?

—No faltaría. Por desgracia, he cumplido setenta y cinco años y aunque le insultara no querría batirse conmigo... Y tendría razón. Es necesario buscar...

—Para qué?

—Supongo que no iréis á sacrificar á vuestra hija.

—¿Si ella quiere!...

—¿Y es que una niña como ella tiene voluntad?

—¿Si es preciso!--repitió en voz baja la duquesa, pensando en la exclamación de Blanca.

--Lo que es preciso ante todo es arrancarla de manos de ese malhechor, porque lo es...

—¿Qué lo prueba?

—Sus maneras, sus proceder es, sus amenazas, las cartas que posee y que sólo se ha podido procurar por un robo...

—¿Ella le quiere!

—¿Y eso es una razón? El amor pasa...



Ceguedad de niña, que durará algunos meses y que se disipará muy pronto. Vos debéis defenderla contra su propia debilidad.

--Eso quisiera.

--Cuando se está en vuestra situación, se puede todo cuanto se quiere.

--Error.

--Yo os diré á mí vez: «Es necesario. Es vuestro deber.» En suma: ¿Sabe él que Blanca es hija de M. de Montevrón?

--Sí.

--¿Pero respecto de vos sólo tiene sospechas?

--Es claro.

--¿No le habréis confesado nada? ¿Y á Blanca?

--Tampoco.

--¿Qué pensais responder esta noche á M. de Serigné?

--Eso es lo que me tortura. Entregarle mi hija es condenarla á sufrimientos inevitables. Sin embargo, si él la amara, si fuese sincero...

--No lo es.

--Negársela sería exasperarle, comprometer el honor de mi nombre, exponerme á todos los ultrajes. Aun si á este precio pudiese asegurar su felicidad, no vacilaría...

Cuando M. Godet meditaba sobre el modo de salvar aquella situación comprometida, se abrió la puerta y apareció la pálida fisonomía de Blanca Carol, demacrada por el insomnio.

M. Godet había sido alguna vez severo con aquella desgraciada niña, cuyo carácter

caprichoso le inspiraba temores por el porvenir; pero en presencia de aquella imagen del dolor se apoderó de él una tierna piedad. Le tendió los brazos.

--Ven y no tengas miedo—le dijo—aquí no tienes más que amigos.

La joven se aproximó á M. Godet, que la estrechó contra su pecho, tanto por cariño cuanto por impedir que viese las lágrimas que asomaban á los ojos de la duquesa.

--Hablábamos de ti—le dijo el anciano.—¿Hace mucho tiempo que conoces á M. de Serigné?

--Sí.

--¿Y te agrada?

--Blanca guardó silencio.

--¿Sabes que ha pedido tu mano?

--Me había prometido hacerlo.

--¿Qué se le debe contestar?

El pecho de Blanca se agitó con un hondo suspiro. La joven se llevó á los labios el pañuelo, retirándolo con una mancha rojiza.

La duquesa quedó aterrada al observarlo.

Blanca se expresaba con una voz débil como un soplo.

M. Godet miró á la duquesa, leyendo en su ojos una resignación desesperada ante lo que creía una fatalidad del destino; pero tambien la expresión de un inmenso cariño hacia aquella niña condenada á muerte próxima.

Entonces dejó á Blanca en brazos de su madre. La pobre niña se arrodilló ante la duquesa, y con voz ahogada y entre sollozos, le dijo:



—Señora, venia á pedirlos perdón por mi mal proceder con vos y tambien por una falta que quiero confesaros... Soy indigna de vuestras bondades... M. Godet me pregunta lo que debeis contestar á M. Serigné. Pues bien, decidle que la hija de Susana Carol será muy feliz en pertenecerle... y para convencerlos de que no se le puede dar otra repuesta, leed esto; es mi sentencia.

Al hablar así entregó á la duquesa el duplicado del papel que Roland Beroult le había hecho firmar en el pabellón.

La duquesa, con los ojos preñados de lágrimas, dió el papel al anciano, diciéndole:

—Leed, amigo mio.

M. Godet leyó, dando muestras de profundo estupor:

«Amor eterno. 13 de agosto de 1871, á la media noche;» y las dos firmas: «Blanca Carol, Roland de Serigné.»

Levantóse y con el acento del hombre que acaba de tomar una resolución, dijo á la duquesa:

—¡Está bien! Esta noche me dejareis hablar. Vos no digais una palabra.

Blanca ocultaba su rostro entre las rodillas de su madre.

Aprovechándose de esto, Godet puso un dedo en los labios aconsejando á su amiga el silencio, guardándose luego el papel.

Aquella noche, en el gran comedor, monsieur Godet decia á los convidados:

—Tengo el honor de haceros presente, en nombre de la señora duquesa de Maillepré, que tiene el disgusto de no poder pre-

sidir esta fiesta de familia, en celebración del matrimonio de la señorita Blanca Carol, su ahijada, con Mr. Roland de Serigné, prefecto del Cher.

En seguida llevando á sus labios la copa llena de espumoso Champagne, añadió:

—Brindó por la prosperidad de los futuros esposos.

La noticia del matrimonio, comunicada tan bruscamente, produjo una sorpresa general.

El prefecto se levantó y con emoción admirablemente estudiada, respondió alzando la copa:

—Por la dicha de la noble casa que me abre sus puertas y de todos los que la habitan.

En aquel momento un caballero se apeaba á la puerta de las cuadras, y después de entregar á un palafrenero las riendas del caballo, se dirigió al palacio, en el que entró como en casa propia, y al llegar al salón, se detuvo contemplando el aspecto que ofrecía el comedor.

Allí encontróse á Justina, que indiscreta como todas las de su clase, asistía de lejos á la escena.

—¿Qué hacéis aquí, Justina?—le dijo el caballero tocándola en la espalda.

—¿Yo? Ya lo vé el señor conde: contemplando la ceremonia.

—¿Pues qué se celebra?

—Un matrimonio.

El caballero se turbó pensando en María Magdalena y el marqués de Lignerés.



—¿Qué matrimonio?—preguntó.

—El del señor prefecto, que está allí, al lado de la señora de Lignerés.

—¡Ah! ¿Ese es el prefecto? ¿Quién le ha invitado?

—La señora duquesa.

—No la veo por ninguna parte. ¿En donde está mi tía?

—Está algo indispuesta, y permanece en sus habitaciones desde ayer.

—¿Y con quién se casa el prefecto?

—Con la señorita Blanca.

—¿Qué decís?

—La verdad. El señor prefecto vino ayer á pedir su mano, y la señora duquesa se la ha concedido hoy.

—¡Diablo!—exclamó el caballero.—Esto es lo que se llama un matrimonio al vapor. ¿Y qué piensa Blanca de su futuro?

—Muy bien, seguramente, puesto que lo acepta, y con gran gusto, según creo.

La conversación quedó cortada bruscamente. Los convidados abandonaban la mesa y se dirigían al salón.

Roland de Serigné ofreció galantemente el brazo á la marquesa de Lignerés; pero ésta le dijo:

—Ofrecedlo á vuestra prometida. Yo tengo que decir dos palabras á M. Godet.

El prefecto no se hizo rogar.

Cuando Blanca enlazó su brazo con el de Roland, éste le dijo:

—Sois la mejor de las mujeres. He jurado amaros siempre, y cumpliré mi juramento.

Roger de Lignerés apretaba con amor el brazo de Margarita.

La marquesa, entre tanto, decía á M. Godet con tono sarcástico.

—¿Qué os proponíais con vuestras advertencias? El prefecto es una persona distinguida, muy instruída y de un trato agradable. ¡Buena suerte la de esa niña! Decididamente, la duquesa da la dicha á sus protegidas: es un palacio encantado el de Maillepré, en donde cualquier pastora encuentra un príncipe para casarse.

—¡Víbora!—pensó M. Godet.

Cuando Roland entró en el salón, Justina se había retirado, seguida de cerca por el caballero que antes hablara con ella.

Aquel caballero era el conde Pedro de Meillant, que había regresado de su excursión en busca de lo que los antiguos suponían escondido en el fondo de un pozo: de la *Verdad*.

## VII

### En expectativa.

El palacio de Maillepré no ofrecía la animación que acompaña comunmente á los preparativos de una boda. Al contrario, durante quince días hubo en aquella casa una tristeza fúnebre.

La duquesa sólo aparecía en las horas de comer, y no siempre; muchas veces se excusaba con indisposiciones repentinas.

Algunas veces había vuelto á hablar con



Blanca respecto de su matrimonio. La joven, seducida otra vez por las atenciones y los juramentos de su prometido, contestaba invariablemente á la duquesa:

—¡Puesto que está ya convenido!...

Y cuando aquélla le hacía objeciones, Blanca replicaba:

—¿Qué se le puede reprochar?

Efectivamente; ¿de qué podía acusar la duquesa delante de su hija á aquel hombre, cuya única culpa era amarla?

Por otra parte, en aquel palacio, cuya dirección había abandonado la duquesa, indiferente á todo en la apariencia, en manos de su prima la de Lignerés, el prefecto de Bourges había, por decirlo así, adquirido carta de naturaleza.

Iba y venía libremente, aceptado por los unos, aborrecido por los otros; pero tratado por todos con deferencia. Había simpatizado con la viuda, que, contradiciendo su carácter adusto, se desvivía por complacerle, hasta el punto de que Roland solamente paseaba con ella por el parque, y ella llegó á confiarle sus amarguras.

Un día, viendo á su hijo paseando con Margarita Souvray, dió rienda suelta á su odio contra la pobre joven. Fué como un desbordamiento de confianzas pérfidas y venenosas.

—¡Sí, señor—decía;—es un verdadero desastre para mí. ¡Roger ha perdido el juicio! ¿Y quién es ella? ¿De dónde ha salido?... Imposible saberlo. Sólo se sabe que es una bastarda. Mi hijo, tonto de capirote, se entrega

á todas las extravagancias por ella. Se casarán; estoy segura; pero aquel día rompemos mi hijo y yo. ¡Nunca le perdonaré este enlace tan desigual! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!

—Pero yo tenía entendido que ella no aceptaba—objetó tímidamente el prefecto.

—Sí, por el bien parecer; para hacerse rogar y alucinar mejor á ese desgraciado que se obstina en cerrar los ojos. ¡Rechazar ella un matrimonio así! Era preciso que estuviese loca y que no conociera sus intereses. Por eso me resisto á creerlo. ¡Ah! ¿Por qué habremos venido?

Su llegada había sido efectivamente funesta; pero para los demás.

Roland escuchaba las lamentaciones de la marquesa con interés, limitándose á contestar con frases vagas y consuelos vanos. Pero un día le dijo:

—Teneis razón. Soy incapaz de hacer daño á nadie y mucho menos á una joven como esa; pero es preciso que ese matrimonio no se realice.

—¿Por qué?

—Permitidme que no diga más

—¿Y si os lo suplicase?

—Sería inútil.

—¿Sabeis algo?

—Demasiado comprendéis que á nosotros no se nos oculta nada.

La marquesa no pudo saber una palabra más. Pero lo que sabía era ya un germen depositado en terreno apto para producir abundante fruto.



—Lo que os he dicho—añadió el prefecto—es bajo reserva.

La curiosidad de la viuda, excitada por esta semi-confidencia, puso en juego todos los recursos para sorprender á María Magdalena, vigilándola incesantemente, tendiéndole lazos y emboscadas de todo género.

Entretanto, las cosas seguían su curso en Maillepré.

Al conde de Meillant se le veía muy rara vez, pasando ausente largos periodos.

La noticia del extraño matrimonio del prefecto se había extendido rápidamente por el departamento y por París.

Los periódicos hablaban largamente del asunto, con objeto de preparar la opinión favorablemente para este enlace de un alto funcionario con la hija de una criada, dándole el carácter de una historia de amor muy novelesca, en la que resaltaba el desinterés de Roland.

Poco á poco se fué mezclando pérfidamente con este asunto el nombre de la duquesa de Maillepré, insinuando que el origen de la prometida del prefecto era muy misterioso y relacionando esta insinuación con el hecho de llevar la joven el nombre de una gran señora que había sido su madrina.

Como en Maillepré se leía poco, estas perfidias eran ignoradas.

Pasó el tiempo; se hicieron las amonestaciones y se fijó el 10 de septiembre para la celebración del matrimonio. La duquesa pasó por todo, sin mezclarse absolutamente en los preparativos de la boda, á la que quería

aparecer extraña. No por eso era menos doloroso para ella ver aproximarse la hora del sacrificio. Su único consuelo, su única distracción, era tener á su lado á María Magdalena, á quien pensaba también perder pronto.

—¡Si me quedaseis vos al menos!—le decía.

—¡Pero si no pienso abandonaros, como no me echéis!—le contestaba la hija del coronel.

La duquesa le objetaba suspirando, que no podría resistir la influencia del amor, y acabaría por casarse.

—¡Os juro no casarme!—repetía la joven.  
—¡No quiero!... ¡no quiero!...

Y al hablar así era sincera, aunque debería violentarse mucho para hacer tal juramento, porque el apasionado amor de Roger de Lignerres, sus instancias y sus promesas, habían llegado á conmoverla.

Pasada la primera impresión de angustia producida por la aparición de Roland en Maillepré, había ido tranquilizándose poco á poco, abismándose en esa calma aparente de las sublimes resignaciones. Evitaba el encuentro con su enemigo, que parecía haberla olvidado, y aun llegó á pensar que aquel retrocedería ante una nueva infamia para perderla. Además, si ella callaba, ¿para qué había él de hablar?

Como los lazos que la unían con la duquesa eran cada día más fuertes, llegó á creer que la perdonaría si ella se resignaba á confesarlo todo. Ya alguna vez había estado



para arrojarse á sus plantas y hacerlo; pero creía que debía esperar siquiera á haber salvado del peligro á Blanca, aun sacrificando su vida; pero Blanca no quería que la salvaran.

Con Margarita, Roland se mostraba cortés en extremo, limitándose en sus conversaciones á palabras indiferentes. Sólo alguna vez una mirada centelleante turbaba la tranquilidad de la hija del coronel, advirtiéndole que quizá no había concluido todo entre ellos, como quería creer. Sin embargo, volvía á recobrar la confianza, y así pasó el tiempo hasta que un nuevo incidente trastornó todas sus esperanzas.

Dos días antes del señalado para el matrimonio de Blanca Carol, á las cuatro de la tarde, la marquesa de Lignerres acababa de entrar en la biblioteca á buscar un libro. Estaba sola. La biblioteca era una gran habitación del piso principal, rodeada de armarios y cerrada por dos altas puertas con cortinas de tapicería.

La marquesa buscaba entre los libros, cuando oyó una voz que decía:

—Venid, quiero hablaros. Entremos.

La marquesa reconoció por el timbre que aquella voz impéiosa era la del prefecto. Un presentimiento le hizo pensar en María Magdalena.

Ocultóse detrás de uno de los portiers y vió entrar á M. de Serigné delante de una joven enlutada.

Al verla, la marquesa no pudo reprimir un suspiro de satisfacción,

—Dos palabras nada más—dijo bruscamente el prefecto, después de mirar á su alrededor.—Parece que creéis que os olvido, y os equivocáis. ¿Amais á Lignerres?

Margarita calló y Roland continuó así:

Le amais, estoy cierto, porque hay apariencias que no engañan nunca. Ahora bien; yo no he cambiado, os amo cómo nunca, ardentemente, ferozmente quizá... pero soy así y no cambiaré. Nunca consentiré que seais de otro, aun cuando necesitara pulverizaros para impedirlo. Es preciso que os hable.

—Sea—dijo Margarita con voz sorda—pero, por últimavez.

—Ya veremos. Mañana, estaré en el parque á esta hora... á las cuatro en punto... en el pabellón. ¿Ireis?

—Si lo exigis...—murmuró la jóven temblando de cólera.

—Bien. Ni una palabra más; podrían sorprendernos. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!—repitió Margarita apretando los dientes.

Y se alejaron los dos.

Dos minutos después salía de su escondite la señora de Lignerres, con la cara radiante de alegría.

—¡Al fin! suspiró más que pronunció.—Al fin conoceré su secreto. Mañana... en el pabellón, estaré yo también.